

Mario, sentado frente a su mesa de trabajo, comienza a ser vencido por el sueño. Entonces, aunque aquello nada tenía que ver con Marx, decidió enviarle a Mireya un mensaje con la excusa de preguntarle si iba a asistir a la manifestación que tendría lugar ese mismo día dentro de doce horas.

A pesar de que era demasiado pronto y la respuesta no llegaría inmediatamente, sentía como si el hecho de haber realizado esa acción le permitiera irse a dormir tranquilo. Ella le había abandonado, traicionándole con su mejor amigo.

Sin embargo, quizá Ángel tenía razón, y detrás de aquel gesto podría esconderse una especie de protesta por alguna afrenta causada previamente.

Las mujeres para él, puesto que no tenía hermanas y ni tan siquiera ninguna prima, representaban una especie de enigma, una interrogación con curvas sinuosas y un punto crucial, el sexo.

Su padre precisamente trabajaba con mujeres, o mejor dicho para mujeres, ya que era psiquiatra.

Su clientela estaba prácticamente constituída por chicas anoréxicas enviadas a la consulta por sus padres, o amas de casa deprimidas.

Al parecer era un buen profesional, ya que tenía siempre la consulta llena.

De joven se había venido de Perú porque a través de un amigo había conseguido un trabajo en Ciempozuelos, en el psiquiátrico San Juan de Dios.

Allí había pasado muchos años antes de montar la consulta privada.

Su madre había fallecido hacía diez años, y dos años más tarde su padre había comenzado a convivir con una mujer mucho más joven.

Las relaciones entre sus padres las recordaba tensas, aunque al haberse acostumbrado a ello, le parecía de lo más normal.

La imagen que guardaba de su madre, tras quince años de convivencia, era la de una sirvienta, siempre limpiando y cocinando del mismo modo que ahora lo hacía su madrastra.

A él le gustaría comprender el feminismo, pero consideraba a las feministas mujeres mucho más amargadas que el resto, además de feas, por las cuales no sentía la mínima simpatía.

En el fondo le dolía pensar así, e incluso se avergonzaba, tratando de ocultarlo.

Y es que sólo de considerar la posibilidad de una igualdad a lo Simone de Beauvoir, algo se revolvía en su interior, como si el hecho de imaginar que las mujeres pudieran llegar a masculinizarse le pareciera una monstruosidad.

Por ese motivo dejaba de lado el tema, ya que creía que si nunca a lo largo de la historia había sido así, por qué habría de cambiar precisamente ahora.

Al parecer incluso las propias feministas se estaban arrepintiendo de haber concebido esa infértil posibilidad, lo cual había dado origen al llamado feminismo de la diferencia, del que tan sólo sabía de oídas a través de una compañera de la facultad que estaba haciendo su tesis sobre Julia Kristeva.

Incluso veía, aunque esto nunca se lo había confesado ni siquiera a su mejor amigo, a las mujeres que estudiaban filosofía demasiado agresivas y poco deseables en comparación con el resto.

Mireya, sin embargo, era femenina hasta la saciedad, y por eso le volvía loco de deseo.

Con su pelo trigueño, sus ojos verdes y su piel tan blanca...

Tenía unos pechos perfectos, ni grandes ni pequeños.

Verlos, acariciarlos y besarlos suponía el sùmmum del placer.

Ahora eran amigos, aunque en el fondo sentía como si aquella amistad fuera interesada, o al menos por su parte.

Entonces, acompañado por su recuerdo, se admite derrotado por el cansancio.